
25 años de soledad

Notas y apuntes para un ensayo acerca de Andrés Caicedo, luego de terminar y publicar *Mi cuerpo es una celda*, su «autobiografía».



1. ¿Fue un mártir?

¿El cinéfilo como mártir? Mmm... ¿Murió por quién? ¿Para qué? ¿Murió defendiendo a los cinéfilos, a los escritores que ven más que leen? Me gustaría creerlo. Mejora la historia, sin duda. ¿Su suicidio fue rockero, mediático, cinematográfico, literario? ¿Todas las anteriores? Sí. Morir mientras tipeas una carta, el mismo día que te llega tu primera novela, ¿es una pose, un grito desesperado, un calculado acto de relaciones públicas, la mayor de las performances, el más insólito de los lanzamientos mediáticos? No. O quizás. No podía no

captar que no es parecido o aún más potente que meterse al mar (aunque eso también es —por cierto— una muerte del todo cinematográfica). Creo que Andrés lo pensó, lo meditó. Tenía claro que su suicidio también podía ser, digamos, una performance. Y, a pesar de toda su tartamudez e intranquilidad, creo que se despidió con algo de calma, pues sin duda *dejó obra*, como escribió. Mucha obra, diría. Dejó obra, dejó cartas, dejó fotos e instrucciones. Quería seguir vivo. Quería ser un mito, quería ser inmortal, pero también quería otra cosa: quería ser como los demás, no sufrir como sufría. Se mató porque no podía tolerarse, no era capaz de tolerar la vida, tolerar la vida como él la estaba viviendo. «Nada terrible ni malo en cumplir años; lo terrible son otras cosas», me escribió un lector de Caicedo. ¿Qué son las otras cosas y por qué son tan terribles? Caicedo, se me ocurre, podría saber, o al menos entender. Sus lectores, lo he comprobado, conectan con él no solo literariamente, sino como parte de una suerte de *hermandad de los escindidos*. Andrés no fue un mártir de McOndo, no fue un guerrillero anti-*Boom*, su agenda no era política ni social ni estética. No me consta que leyese a Puig; sí a Cabrera Infante; era fan/groupie de Vargas Llosa, pero tampoco importa tanto... Lo mejor de Caicedo es el mito de Caicedo. Me gusta pensar que Caicedo se mató por haber visto mucho (casi como un castigo, casi como advertencia a los que ven demasiado), pero también se mató o murió para que otros no lo hicieran: no solo los cinéfilos, sino todos aquellos que lo han pensado o lo han intentado o simplemente, como tantos lo hemos tenido alguna vez entre nuestras opciones, pero claro, no me consta. Quizás no tengo base, o mi base fue ingresar tanto a sus escritos, y eso, de alguna manera, es como ingresar al inconsciente y al disco duro de alguien.

2. ¿Por qué una autobiografía y no una biografía?

Supongo que la primera idea —el impulso— fue una biografía, pero rápidamente la deseché. También cruzó un par de segundos por mi mente una novela acerca de un personaje

parecido a AC, pero duró poco, muy poco. Por suerte. Como en todo, el resultado —el libro— es una suma de suerte, talento, transpiración, terquedad y fe. Todo ocurrió rápido, en Bogotá, rumbo a Cali. Pensé que en Cali estaría el arca perdida. No fue así. Vickie, su hermana mayor, me había prometido acceder al material «sobrante» y, la verdad, estaba entre tenso y ansioso por ver con qué me encontraría cuando aterrizara en «Calicalibozo». Pero algo no menor ocurrió en el camino. En Bogotá me junté una tarde con el entrañable y divertido Luis Ospina, el cineasta caleño y mejor amigo de Andrés y quizás el real responsable del mito Caicedo. Él me dijo, de pronto, por qué no miras esto, por qué no te quedas con este material, pues no sé qué hacer con él. Subimos a su despacho, lleno de afiches de cine, y sacó de un escritorio una bolsa inmensa, de esas como de multitienda donde cabe un televisor. Partimos de inmediato por el barrio de Chapinero, creo, hacia una tienda de fotocopias. El sector era como universitario y por eso estaba abierta la tienda un sábado por la tarde. Dejamos los papeles y volví como a las cinco horas. Pesaba varios kilos. Ahí partió todo: al ver esto, y luego al enfrentarme a las cartas que me pasó Patricia Restrepo, su novia al momento de matarse, más lo que encontré en la Biblioteca Luis Arango, me di cuenta de que «esto» era una autobiografía. Sentí que no solo estaba leyendo sus cartas, sino que el propio AC me contaba su vida; no el cuento sino la novela de su vida. Cuando llegué a Cali capté que la familia no conocía esos textos y que todo era inédito. De verdad sentí que eran palabras que necesitaban liberarse. El resto fue no salirme del plan: una autobiografía. Punto. Yo no estaría o estaría lo menos posible para no molestar. Mi labor pasó a ser la de un productor, digamos; o director y montajista. La estrella era él y nadie sino él debía interpretarlo. *Mi cuerpo es una celda* es el documental que Caicedo hizo de sí mismo.

3. ¿Por qué solo su voz?

Como trabajé el libro en UCLA, en Los Ángeles, me bajó una cierta fobia académica, por lo que me prometí no

tener notas al pie de página ni explicaciones ni prólogos ni presentaciones de otros. Caicedo no se entendía a sí mismo, ¿quién era yo —o cualquier otro— para andar explicándolo? Parte de la gracia de su genio-en-ciernes o de su voz inimitable es que era confusa, ambigua, adolescente, lastimada, incompleta. De ahí que conecte con un cierto tipo de lector que, claro, tiende a ser parecido. Es lógico y es, sobre todo, respetable. Lo que más lamenté fue no poder colocar otros textos: textos de otras personas, respuestas a sus misivas. Si lo hacía, pasaba a ser un collage. O peor aún, un reportaje. Pero hubo una carta tenaz, como dicen en Colombia, del exmarido de Rosario, que sale mencionado al pasar. Andrés no lo quería mucho y se sentía observado y criticado por él. Esa carta me parece alucinante. Él es siquiatra y le escribe a una de las hermanas desde Yale, donde está haciendo un postgrado y lo que dice me ayudó mucho a entender a Andrés: que para salvarlo, la familia (y acaso el país) tendría que someterse a una terapia donde correría sangre. Le dice, con todas sus letras, que Andrés seguro se va a matar; le comenta algo así como que el tema es cuándo, si antes o después, y cómo, pero de que estaba en un *downward spiral* no había duda. No había otro final posible. El exmarido de Rosario no se compra eso de que el arte lo puede salvar porque, en rigor, AC no era —no es— un artista típico: era un cinéfilo, un crítico, un guionista que deseaba triunfar en Hollywood, un cortometrista frustrado. El arte en Caicedo es quizás él mismo, sus cartas, sus ganas... Están, por cierto, sus libros, como *Que viva la música*, pero él lo quería abarcar todo, y a pesar de cuánto hizo en tan poco tiempo, lo cierto es que su método era quizás un no-método. Por eso me impactó tanto esa carta, esa verdadera radiografía por escrito, y su tono implacable, porque es casi científico: ver que alguien va rumbo al derrumbe y el siquiatra lo sabe y todos lo saben, pero nadie puede hacer nada o nadie quiere hacer nada porque —claro— salvarlo implica el derrumbe de todos. No la usé porque parte de la tragedia de la autobiografía es que se parece a la vida; es decir, la persona que cuenta no siempre sabe todo de sí mismo, no siempre conoce los

factores externos ni sabe lo que le va a suceder. Por eso me parece un género más digno, más fascinante, más verdadero que las biografías. La mayoría de las autobiografías son memorias: alguien mira hacia atrás y recuerda. Caicedo no tuvo exactamente un diario de escritor, pero todas esas miles de cartas donde él se liberaba de las emociones que lo acosaban fue algo similar. Caicedo cayó en la trampa de muchos escritores: más que vivir, vivía y sufría para poder escribir. A veces creo que veía cine no tanto para escapar, sino para escribir lo que vio. *Mi cuerpo es una celda* es casi puro presente de alguien que escribe de prisa porque ya sabe el final: el final es su final, ahí termina todo. Lo impresionante es que, tal como él se lo imaginó, su final fue el comienzo de todo.

4. ¿Cuándo comenzó la obsesión?

Fue en 2000, cuando leí *Ojo al cine* y fundé mi empresa Cinémeta. Supe que tenía que contar su historia cuando leí *El cuento de mi vida* e intuí que, en efecto, era un cuento y que debía haber más. Cuando conocí a la familia en Bogotá ya tenía planes de «hacerme cargo». A partir de mi intuición, y de conocer a muchos cinéfilos que son, a la larga, bastante parecidos a Andrés, les dije que si nos iba bien en la FIL de Guadalajara quizás podríamos hacer algo para internacionalizarlo. Caicedo triunfó en México (sala llena, mucha prensa) como parte de la delegación colombiana (y eso que no fue, por razones obvias), así que nos dimos la mano. Las tres hermanas solo me pidieron una cosa y creo que esa petición fue clave: cortarle el pelo. Quizás porque en la vida real no les gustaba verlo con melena, pero lo cierto es que se referían a eso: Rosario me explicó que no era tan, tan rock star. «No era Jim Morrison, era tartamudo, por Dios». La idea era mostrarlo como lo que fue: un escritor. Un escritor cinéfilo adolescente, un work-in-progress camino a la perdición. Creo que hay muchas formas de entender a Andrés Caicedo.